

VOZ ACTIVA • FERNANDO SAVATER

DE MEMORIA

Como casi todo, sucedió aproximadamente hace unos 20 años. Una nutrida y animada tribu de escritores de lengua castellana nos habíamos reunido en Caracas para un congreso. No recuerdo demasiados detalles, pero creo que lo pasé muy bien, salvo en los momentos más formales del evento. Hubo jornadas pintorescas, como el día que se efectuó censo nacional y permanecimos encerrados bajo toque de queda en el hotel, viendo caer enérgicamente una lluvia cálida mientras Bryce Echenique contaba en el bar historias divertidísimas. Hubo veladas de las que luego importan, como aquella en que conocí a Edda Armas. Mi ponencia giraba en torno a la relación entre poesía y filosofía en la obra de María Zambrano, que aún vivía en Ginebra, ignota para muchos...

Después, unos cuantos volamos hasta Canaima, en la densa y hermosa selva novelada por Rómulo Gallegos, donde vimos la altísima cascada llamada Salto de Ángel, descubierta accidentalmente por un aviador solitario que se apellidaba así. Esa noche compartimos habitación José Agustín Goytisolo y yo. Después de reírnos mucho, de cotillear bastante y de bebernos todos los botellines sustraídos del hotel caraqueño, no tuve más remedio que visitar el cuarto de baño. Antes de alcanzar el mingitorio me apercibí de que por la pared descendía ominosamente un monstruo de notable tamaño, pródigo en patas y antenas, un auténtico hijo de la jungla. Empecé apresurada retirada sin descargar la vejiga: "José Agustín, hay un bicho en el retrete". "Bueno", me repuso. "Pues mátao". Confesé que tal hazaña cinegética escapaba a la cortedad de mi ánimo. Entonces José Agustín empuñó un zapato con bravura y penetró en la guarida de la fiera. Yo permanecí en la retaguardia, dándole voces de aliento. Años más tarde tuve ocasión de contemplar a Woody Allen en un trance parecido... Por fin volvió el



"Las amistades verdaderas son eternas"

héroe: "Ya está". "¿Lo has matado?", aventuré con un estremecimiento. "No: se ha ido". Y como yo vacilase antes de entrar de nuevo, repitió con sobriedad enigmática: "Se ha ido". En efecto, pude mear a gusto.

A la mañana siguiente decidimos hacer un recorrido en canoa por el río, un afluente del Orinoco. Por lo visto, allí abundan las pirañas, pero los expertos nos tranquilizaron (¡relativamente!) asegurando que en esa época del año no suelen morder. Formábamos la tripulación —entre otros— Carlos Barral y su mujer, Fernando Sánchez Dragó, José Agustín y yo. Navegábamos impulsados por un pequeño motor y en ambas orillas la tierra firme era invisible, enmascarada por la frondosa vegetación que se internaba en el agua. Nuestro guía me señaló un pequeño claro donde bajaba a beber el jaguar. Fernando y yo echábamos mano de todas las lecciones de Salgari que se nos venían a la cabeza...

De pronto, el motor dejó de funcionar y resistió tozudo los intentos del piloto nativo para ponerlo en marcha de nuevo. Decretamos nuestra perdición: el destino que nos aguardaba era la muerte por inanición en el bote o devorados por el sediento jaguar y pirañas desentendidas del calendario. Sólo nos quedaba ya una inquietud postrema: ¿cómo reflejaría la prensa en España nuestro populoso finiquito? Carlos Barral, al que su esposa y la barba corrida daban aire de lobo de mar hasta en el río, propuso este titular: "Barral y otros escritores perecen en atroz accidente". José Agustín abogó por una alternativa: "Devorados en el Orinoco el mayor de los Goytisolo y acompañantes". Cada uno de los presentes propusimos variantes que nos hacían figurar más aunque no parecer menos. Llegamos —ieran tiempos consensuales!— a una cabecera de compromiso: "Día de luto en las letras españolas". La jornada entonces esquivada se va haciendo poco a poco real: adiós Carlos, adiós José Agustín, queridos fantasmas que se llevó el río.